

Introducción

Hola a todas, y aquí estamos en el primer encuentro de la semana 11 de *Ojos sobre Gaza*. Cuando empezamos esta serie, esperábamos —quizá incluso creíamos— que nos reuniríamos por no más de un mes. Pensábamos que la guerra contra Irán era como un clímax desquiciado dentro del ciclo interminable de guerras de Israel, y que podríamos mantener el foco en Gaza hasta que cesara la destrucción allí y regresaran los secuestrados —algo que todos esperábamos que sucediera muy pronto.

Ahora nos acercamos a tres meses de encuentros, y el final todavía no se ve en el horizonte. Gaza está de nuevo bajo bombardeos intensos, y en Israel mañana empieza otro año escolar —una fecha que pone en relieve la capacidad anómala de construir una rutina dentro de una realidad imposible. En Gaza, en cambio, los niños no van a la escuela desde hace dos años. Los edificios que antes servían como aulas se han convertido en ruinas y, con frecuencia, en objetivos de bombardeos que borran familias enteras.

Hoy, en esta jornada de regreso a clases, nos acompaña Ofer Shor, maestro y activista, quien hablará sobre un sistema educativo que forma niños para los que el nacionalismo, el militarismo y el fascismo parecen un destino; y para los que cuestionar los supuestos que permiten la destrucción del pueblo en Gaza se vive como una amenaza existencial. Ofer vivió en carne propia la indiferencia y la violencia del sistema educativo israelí cuando, tras el 7 de octubre, fue atacado en la escuela donde enseñaba en Nesher por un post personal en el que anunció su decisión de negarse a servir en el ejército. Los intentos de despedirlo y silenciarlo —en los que participaron supervisores, directores e incluso el alcalde de Nesher— finalmente fueron superados.

Hoy nos contará su experiencia al respecto, pero también nos hablará del precio que todos pagamos por un sistema educativo que se ve a sí mismo responsable de formar niños obedientes, incapaces de cuestionar la idea de que “viviremos por siempre de la espada”. Muchas gracias, Ofer, por acompañarnos hoy. Como de costumbre, te escucharemos durante ocho minutos y luego abriremos el espacio para preguntas. Pueden escribirlas en el chat.

Conferencia

Hola, muchas gracias por invitarme. Me llamo Ofer Shor. Soy maestro desde hace diez años. Soy educador. Enseño literatura, historia y educación cívica en secundaria, desde la escuela intermedia hasta el último año. Hoy hablaré sobre el sistema educativo en el contexto de la guerra en Gaza. Hace exactamente un año, al inicio del año escolar pasado, en la última escuela donde enseñé, en Nesher, alguien descubrió que unos meses antes había publicado en Facebook que me oponía a la guerra en Gaza. Entre otras cosas, escribí que si me llamaban a cumplir con el servicio de reserva, me negaría. En respuesta, los estudiantes se enfrentaron conmigo en el pasillo y, en clase, me gritaron y anunciaron que se negaban a estudiar con alguien que apoya a Hamás y se opone a los soldados israelíes. El alcalde publicó un mensaje en Facebook pidiendo al ministro de Educación que me despidiera. Fui suspendido, y tras una larga lucha —que incluyó una orden judicial exigiendo mi reincorporación— logré volver a enseñar y terminar el año.

El día antes de volver a enseñar, la directora del departamento de educación de la ciudad me convocó. Me senté con ella durante una hora mientras me atacaba, pintándome como una quinta columna dentro del sistema, socavando los valores de la escuela. Le pregunté cuáles eran esos valores que supuestamente estaba violando, y el único que pudo nombrar fue causar daño a los soldados del IDF. Mientras tanto, el director, la inspectora y los jefes de todo el complejo educativo de Nesher estaban en la sala, escuchando, sin pronunciar palabra.

Mi historia no es excepcional. Conozco decenas de casos similares. Por lo general, quedan confinados dentro de la escuela, pero el patrón siempre es el mismo: un docente dice algo en clase o publica algo en línea. Puede ser algo aparentemente inocente, como apoyar la liberación de los secuestrados, expresar consternación por la guerra o mostrar compasión por los niños en Gaza. Entonces, los padres, los alumnos o incluso otros docentes se quejan ante la dirección o la autoridad local: a veces por la simple expresión, otras veces exigiendo que “la política se mantenga fuera de la escuela”. El ministro de Educación, que dedica enormes esfuerzos a silenciar y castrar toda voz disidente y a halagar sin pudor a la base [del Likud], aprovecha la ocasión para amenazar con audiencias o investigaciones. A menudo no se concreta. En la mayoría de los casos no. Pero siempre tiene un efecto paralizante.

El sistema educativo es, en gran medida, un lugar castrado y saturado de miedo: un hogar de nacionalismo desenfundado, religiosidad expansiva, persecución política y, al mismo tiempo, silencio temeroso. Alumnos y padres incitan y son incitados, trabajando de la mano para sofocar cualquier pensamiento o acción que no se alinee con el gobierno. Los demás se autocensuran aterrorizados, temiendo que lo mismo les ocurra a ellos. Ningún docente quiere un estudiante protestando en el pasillo frente a su clase. Ningún director quiere mensajes furiosos del alcalde o de padres. Ninguna inspectora quiere ver el nombre de la escuela vinculado con la etiqueta “izquierdista” en grupos de Facebook o WhatsApp, o en el Canal 14.

Así que los docentes piensan dos, incluso tres veces antes de expresarse en clase, y por lo general prefieren el silencio, recurriendo a la opción más fácil y segura: no decir nada, desenvolverse en la rutina diaria como si no existiera Gaza, ni hambre, ni destrucción. Por supuesto, del genocidio no se habla—literalmente. A lo sumo se comentará la devolución de los secuestrados, y quizá, en algunas escuelas del centro, sobre el fin de la guerra. Pero eso es todo. El resultado es el colapso de un sistema educativo donde no hay educación ni pensamiento libre, sino solo adoctrinamiento, miedo y persecución.

Un ejemplo perfecto es la Ley Mordaza, aprobada el año pasado. Permite al director general del ministerio despedir, sin previo aviso, a cualquier docente que se identifique con un acto de terrorismo o llame a cometerlo. También permite recortar presupuestos a escuelas que hayan permitido o fomentado expresiones de apoyo a un acto u organización terrorista, sujeto a un procedimiento de audiencia. Esta ley es completamente innecesaria. Su único propósito es silenciar, intimidar y amedrentar a los docentes—especialmente a los docentes árabes, que desde el 7 de octubre viven en un miedo constante y sufren una persecución mucho más severa que la que experimenté yo o mis colegas judíos. Esto no es casualidad. Es el resultado de la política deliberada del gobierno, tanto el actual como los anteriores, que han dejado al sistema educativo desnutrido para producir egresados ignorantes, sin habilidades mínimas de escucha, pensamiento crítico ni capacidades sociales o emocionales, abandonándolos al discurso tóxico de las redes sociales, a la incitación en la calle y al fascismo de la extrema derecha mesiánica. ¿Por qué? Porque es más fácil gobernar así. Quien nunca aprendió a pensar ni a cuestionar, tragará cualquier historia que le den. Vemos los resultados de esta anti-educación en el desmantelamiento sistemático de la democracia israelí, en la represión violenta de las protestas, en la persecución de los ciudadanos palestinos de Israel, en el despojo y robo en Cisjordania y, por supuesto, en el apoyo a los horrores que se desarrollan en Gaza o en la indiferencia ante ellos. Y, ya sea que cometemos las atrocidades nosotros mismos, las alentemos, las neguemos o nos horroricemos mientras no hacemos nada, no podemos negar que gran parte de nuestro comportamiento está enraizado en lo que aprendimos—o dejamos de aprender—en la escuela. Sí, nosotros también, no solo nuestros hijos. Este sistema ha estado enfermo durante muchos años. Los soldados que matan, destruyen y bombardean eran hace solo unos momentos alumnos. Y las masas que no salen a las calles, que desvían la mirada o que se alistan sin cuestionar, también son egresadas de un sistema educativo que nunca les enseñó cómo negarse al ídolo del “servicio significativo”: el servicio en las FDI, al que el sistema educativo está completamente subyugado.

Y aquí vuelvo a Gaza. Porque el sistema educativo refleja, en gran medida, a la sociedad, Gaza se percibe como un agujero negro: el lugar al que el ejército más moral del mundo envía una de las

guerras santas más justificadas jamás libradas, para erradicar y aniquilar a los nazis que atacaron el 7 de octubre con barbarie y un odio innato e inexplicable. Y, por supuesto, allí no hay inocentes. En conversaciones con los alumnos, por lo general repiten el discurso más extremo y superficial que existe. Y eso es comprensible, porque nadie se toma la molestia de hablar con ellos sobre estos temas.

Cuando mi historia explotó, le dije al director que era una oportunidad de oro para abordarlo. Era una lección de educación cívica de la vida misma, no de un libro de texto. Pero nadie quiso tocarlo. Todos solo querían enterrar la cabeza en la arena y esperar a que pasara. Más tarde, me contó sobre todo el episodio: “Fue demasiado para nosotros”. Pero solo es “demasiado” si nos hacemos pequeños. Por mi experiencia, se puede hablar con los niños sobre todo—absolutamente todo—con respeto. Con paciencia, escucha y apertura, incluso las cosas más terribles pueden discutirse, y ellos escucharán. Pero eso requiere voluntad y fe en el poder de la educación, y eso es precisamente lo que falta hoy.

Gracias.